

ENTREVISTAS LITERARIAS

V. CON DON ALBERTO EDWARDS

Lector de mis entrevistas, curioso y preguntón, hoy te he engañado. Esta no es una entrevista literaria. Pero no importa. Los espíritus inquietos y curiosos, necesitan asomarse a todos los horizontes, perforar todas las dudas, abrir boquetes en todos los espíritus, e interrogar a todas las encendidas voluntades.

En este rincón nuestro que dormita bajo el indiferentismo, es necesario saber lo que piensan, lo que proyectan, lo que sueñan, lo que buscan, lo que anhelan, esos pocos que todavía piensan, proyectan, sueñan, buscan y anhelan...

Más de algún acrobata literario, me sonreirá irónicamente, hablándome de arte puro, me declamará que a los veinte años sólo debemos buscar la emoción y la belleza, y cuando me vuelva las espaldas despreciativo, sé que se irá componiendo unos alejandrinos insultantes para un vecino con quien tiene enredado algunos rencores de barrio, y sé que cuando me en-

cuentre esta noche me recitará un soneto dolorosamente vulgar que escribí para los ojos de su polola gentil, y sé que si le manifiesto que eso no me gusta, me dirá que yo no entiendo de arte puro, de emoción, de belleza...

Pero tú, lector mío, que sabes que entre los románticos el más romántico me creo yo, tú que sabes que amo las tardes y los ritornelos, los ojos femeninos y los sueños apagados; sabes también que escribo esto porque me enamora asomarme a todos los horizontes, perforar todas las dudas, abrir boquetes en todos los espíritus, interrogar a todas las volunta-

des encendidas, que todavía proyectan, anhelan, buscan y sueñan...

★

El señor don Alberto Edwards me recibe sintiendo las sabrosas perezas de la siesta interrumpida. Me invita a su escritorio. Mien-

tras cruzamos un paticillo lleno de sol, me dice:

—Yo duermo todos los días hasta las 3, porque madrugo mucho, me levanto a las seis.

Esto enciende mi admiración, porque a mí, la noctámbula riente y venenosa, no me deja madrugar sino hasta el medio día. Lo admiro.

Entro a su sala de trabajo. Es amplia y oscura. En la penumbra meditan los volúmenes. Mientras el señor Edwards revuelve sus libros yo lo observo. Es alto; con hombros de atleta, algo echados hacia adelante. Su cara rapada, evoca ciertas fisonomías norte-americanas. Es muy sencillito.

Cogiendo su sombrero y algunos papeles, me dice francamente:

—Vamos al "Zig-Zag" y allá conversamos.

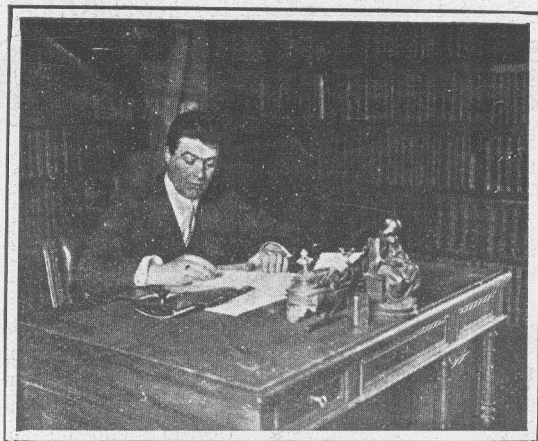
Salimos. Caminando por la calle Rosas hablamos del magazine que aparecerá en Enero, y que es de importancia para todos.

—No se tratará tan sólo de asuntos económicos—me dice—también tendrá páginas anejas.

Un instante de silencio, y luego:

—Nosotros conversamos largamente la manera de darle el rumbo más práctico a esta publicación, y hemos encontrado que la enseñan-





za de la economía doméstica sería provechosisima en esta época de carestía general por que atravesamos.

La redacción de "Corre-Vuela" está solitaria, y allí podemos conversar. Del interior llegan los ruidos jadeantes de las prensas; de la calle penetran silencios perezosos, con sabor a siesta y a modorra de tarde dominical.

El señor Edwards comienza a leerme un artículo que debe ser la presentación del magazine. Está muy bien escrito. Con elegancia y sencillez. Pero a pesar de la severidad con que el autor trata el asunto, de cuando en cuando por ahí asoman algunas frasecitas de efectismo encantador...

Su hablar es rapidísimo e hilvanado. A veces sus ojos oscuros pierden la mirada en una vaguedad inmóvil.

—Es una obra civilizadora—me dice—enseñar economía, aquí, que se desconoce completamente.

Y me habla del presupuesto para un viaje a Europa, y otro a Brasil; de rectas; de la manera cómo se preparan ciertos alimentos; del modo de viajar; de los derroches de nues-

tra burguesía ingénua, que se enloquece por las joyas, por las plumas, por los adornos, y por todo lo que sepa a teatralidad.

—Yo voy con mi señora—me dice—constantemente en las mañanas al mercado, y allí encuentro damas de la aristocracia, y... cocineras; las señoras de la clase media y acomodada, no van. No sé por qué.

Habla entusiastamente. En todos sus ademanes arde la voluntad. Por detrás de sus palabras asoma la energía. Ha estudiado detenidamente nuestros problemas económicos, siempre buscando los que sean más fáciles de llevarlos a la práctica. Ha escarvado todas las interioridades de la vida doméstica para fundar sus cálculos en la realidad franca. Ha encargado libros sobre la materia a casi todas las naciones europeas. Se ha preocupado de los viajes que, en la actualidad, constituyen un lujo que sólo se pueden proporcionar ciertas personas, siendo una necesidad para todos los espíritus cultos.

El señor Edwards continúa hablando rápidamente. Divide cada uno de sus párrafos con breves sorbos de agua.

Un joven escritor, de corbata suelta y melena pretenciosa, que ha llegado a la redacción tal vez a dejar una historia lírica de cementerios y de adioses, escucha asombrado.

—Si Ud. no me pregunta—me dice—yo no sé qué más decir.

Y yo que no sé qué preguntar sobre esta materia, le digo:

—Es que el asunto es muy árido...

—Nó! Seré yo el que no me expreso bien. Unas cuantas palabras más y me despido.

Del interior del edificio llegan los sonidos jadeantes de las prensas, y de la calle penetran silencios perezosos, con sabor a siesta y a modorra de tarde dominical.

DANIEL DE LA VEGA.

